

Alberto **Giordano**



# Sobre la interpretación

**bulk**  
editores



SOBRE LA INTERPRETACIÓN

Primera edición en este sello: septiembre de 2023

© Alberto Giordano, 2023

© Bulk editores, 2023

Girón de las Palmas 1295, Ñuñoa  
Santiago de Chile  
bulkeditores@gmail.com  
www.bulkeditores.com

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-6162-12-4

Derechos reservados.



**bulk** editores

[ *la densidad aparente en el papel* ]

*A Emilia y sus compañeros de cursada*



## Noticia

EL 11 DE JUNIO de 2021, recibí un e-mail de Viviana Zubkow y Leonado Galuzzi en el que me invitaban a dictar por Zoom una clase teórica en Epistemología de la Psicología y el Psicoanálisis B, la cátedra del Profesorado en Psicología que tienen a su cargo. Aclararon que mi hija cursaba en ese momento la materia, le habían consultado y se había mostrado entusiasmada con la idea de tener circunstancialmente a su padre como profesor. Antes de responder, verifiqué que el entusiasmo de Emilia fuera sincero. Comprobarlo me dio alegría e inquietud (¿sería capaz de hacerla quedar bien frente a sus profesores y sus compañeros, dictar una clase más o menos eficaz, que pudiera resultarles provechosa, sin renunciar a mis modos no siempre pedagógicos de exposición, sin arriar las banderas del profesor-ensayista?).

La consigna que me transmitieron Viviana y Leonardo, a la que debía responder el desarrollo de la clase, tenía cierta complejidad: poner en diálogo al Foucault de «¿Qué es un autor?» con el Barthes de «La muerte del autor», para intentar echar luz sobre uno de los contenidos de la materia: «El retorno a Freud como operación de lectura». Enseguida entreví que un camino posible era explorar la riqueza del concepto de lectura como acto de interpretación activa, para ponerlo en juego, tanto en el comentario de la *boutade* barthesiana («El nacimiento del lector se paga con la muerte del Autor»),

como en la exploración de las paradojas que envuelve el motivo del «retorno a». Tendría que comenzar, entonces, con una puesta a punto del concepto de «interpretación» (¿acaso hay otro más familiar para un aprendiz de psicoanalista?), una revisión y ajuste capaz de desprenderlo estratégicamente de cierto sentido común metafísico.

Mis afanes de precisión, la búsqueda de inteligibilidad a través del examen de lo complejo (eso que otros llaman tendencias obsesivas), hicieron que, en lugar de una, tuviera que dictar dos clases, y que ni siquiera abusando del interés y la atención que me brindaron mis anfitriones, pudiera exponer todo lo que tenía previsto. Después de prodigarme en múltiples variaciones de una misma idea y en desarrollos pormenorizados, terminé a las apuradas, casi a los tumbos, señalando, sin alcanzar a exponerlas directamente, algunas otras cuestiones fundamentales. Tal vez no esté mal que así haya ocurrido. En todo caso, no hubiera podido suceder de otra forma.

Lo que sigue es una versión corregida y editada, una reescritura, de la primera de esas dos clases. La dicté el 30 de junio de 2021, entre las 8 y las 10:30 de la mañana.

Rosario, enero de 2023



LA SEGUNDA AFIRMACIÓN NOS sitúa en un nivel de dificultad más alto, porque impugna las evidencias metafísicas en las que se soporta nuestro sentido común hermenéutico: *La interpretación, antes que desciframiento o explicación, es creación-imposición de sentido*. Para la enunciación de este segundo principio me fue muy útil la relectura de un ensayo de Foucault, *Nietzsche, Freud, Marx*, que forma parte de la bibliografía obligatoria de la materia. Está muy bien que se lo considere de lectura imprescindible, es un ensayo capaz de transformar nuestro punto de vista sobre qué significa interpretar, volviéndolo más lúcido, y de propiciar diálogos transdisciplinarios, como el que estoy ensayando hoy entre el discurso del psicoanálisis y el de la teoría literaria. Lo leí por primera en el contexto del grupo de estudios que coordinaba Ritvo (sigo usando el mismo ejemplar de entonces, la edición de bolsillo de los Cuadernos de Anagrama, tan elegante), y cada relectura me devolvió a la condición de aprendiz, por confrontarme con nuevos problemas, o con aspectos, hasta ese momento inasimilables, de los problemas cruciales.

Foucault sostiene que la interpretación no es un simple movimiento de elucidación o de constatación del sentido de lo interpretado, sino que, al interpretar, imponemos sentido,

y lo imponemos con violencia. El intérprete de un libro, de un acontecimiento político o de un gesto que se perfila en medio de una conversación, violenta la textura o la apariencia de esas realidades para imponerles determinados sentidos, desde ciertas perspectivas de valoración, es decir, conforme a determinados intereses. La interpretación es violenta en todos los casos, aunque esa violencia resulte insensible y se disimule detrás de una supuesta voluntad de verdad, porque siempre es interesada y opera desde el punto de vista de ciertos valores. Son las diferencias de intereses y valores, justamente, las que buscan imponerle a lo interpretado tales o cuales sentidos, y no otros también posibles. El intérprete a veces desconoce los valores e intereses que lo mueven; puede ignorar, por ejemplo, que lo que juzga una interpretación personal no es más que una manifestación de gregarismo, de sometimiento a los criterios de valoración de su clase o de su época. Esta segunda afirmación tal vez sea la más relevante de las cuatro que voy a proponer, la que más tendrían que tomar en cuenta los «profesionales» de la interpretación, sean psicoanalistas o críticos literarios, cuando realizan su trabajo. Si cuesta aceptarla es, como ya anticipé, porque impugna las certidumbres metafísicas sobre las que se sostiene nuestro sentido común hermenéutico desde el *Peri Hermeneias* de Aristóteles (el primer tratado occidental sobre las relaciones entre lenguaje y lógica): la creencia en que el sentido de un enunciado —de una réplica en el contexto de una conversación trivial, o de un cuento de Borges— ya está dado, presente de alguna forma, explícito o implícito, en la superficie o en el fondo del enunciado mismo, y que, al interpretar, lo que hacemos es formular una representación del sentido, volver a hacerlo presente, explicándolo,

descifrándolo, desarrollándolo. Esta creencia es solidaria con otra que vamos a interrogar más tarde: que alguien depositó el sentido en un enunciado, que tuvo la intención pre-discursiva de que tuviera tal o cual sentido cierto, y ese alguien funcionaría, entonces, como causa y garante del sentido a interpretar. Esta figura supra-humana es el autor, en su acepción tradicional. Digo «supra-humana» porque ya acordamos que a los humanos nos constituye el lenguaje, la conversación con otros, y que somos más bien un efecto, antes que una causa, de lo que decimos o escribimos.

La afirmación paradójica que orienta nuestras especulaciones desde el comienzo es la de que el sentido nunca está dado, a la espera de que se lo descifre o explique, sino que es la interpretación la que lo «introduce» en los enunciados violentándolos. Esa violencia puede ser sutil, y entonces tendemos a creer que la interpretación constata la preexistencia de un sentido cierto —un querer-decir originario—, o puede ser brutal, ruidosa, porque transgrede códigos de inteligibilidad instituidos, y entonces solemos decir que es arbitraria o caprichosa. Como ustedes saben (lo sabe cualquiera que hable o escriba con actitud reflexiva), si hay diferencias de intereses en juego, habrá pluralidad de interpretaciones, distintos modos de violentar la realidad lingüística de los enunciados. Y es el punto de vista de cada interés, no la mayor o menor adecuación del acto hermenéutico a una supuesta realidad pre-discursiva (la intención del emisor o la realidad en sí de los hechos), el criterio con el que se juzga el carácter verdadero o falso, sensato o irracional, de las interpretaciones. Cuando se dice que para el ser hablante no hay afuera del lenguaje, podemos entender que, por ser-en-conversación, está siempre sujeto, tanto en la

esfera de lo privado como en la de lo público, a conflictos entre interpretaciones interesadas que buscan imponerse unas sobre otras como acertadas o verdaderas.

CUANDO USTEDES ME QUIERAN interrumpir, pueden hacerlo inmediatamente, sin pasar por el protocolo de la mano levantada, abren el micrófono y realizan un comentario o una pregunta. También pueden escribir en el chat de Zoom, aunque preferiría que se manifiesten a viva voz. No es necesario que la pregunta sea ingeniosa ni el comentario elaborado, más bien todo lo contrario. Recuerden algo que dije al comienzo: el aprendiz pone en juego el no-saber y la genuina curiosidad, conviene que se aligere de imposturas escolares. Las intervenciones más oportunas, porque permiten tomar conciencia de qué está ocurriendo efectivamente en la clase, qué se está transmitiendo y cómo, son las intervenciones simples, las que interrogan presupuestos problemáticos. Vuelvo a la alegoría del viajero que quiere participar del movimiento de una ciudad. Además de observar y escuchar con atención, hace preguntas elementales, pero que van a tener consecuencias decisivas en el trazado de sus recorridos. Por ejemplo: «¿Aquí se respeta la prioridad del caminante cuando pisa una senda peatonal, o rige la ley de la selva, como en Rosario?».

Leonardo Galuzzi: ¿Hay baños públicos? ¿Dónde se encuentran?

Exacto, a ese tipo de preguntas me refiero. Las que nacen de, o anticipan una necesidad vital. El que las hace no pretende

lucirse, sino orientarse y optimizar las condiciones de sus desplazamientos. Alguien podría preguntarme, por ejemplo, por qué uso la expresión «ser hablante», que suena esencialista, ya que acostumbramos identificar al ser como fundamento, y al mismo tiempo insisto en la necesidad de desprenderse del sentido común metafísico para pensar el acto de interpretación. Sería una buena pregunta, aunque tal vez no sea un buen ejemplo de interrogación elemental. Pruebo con otra: ¿qué quiere decir que para el ser hablante «no hay afuera del lenguaje»? ¿acaso el cuerpo y los impulsos afectivos —por nombrar dos realidades muy próximas— no se sustraen o resisten a la articulación discursiva? Esta sí sería una pregunta oportuna, alguna vez me la hicieron en un contexto pedagógico similar a este, porque impide que una afirmación que busca resultar shockeante y problematizadora, «no hay afuera del lenguaje», circule reducida a un lugar común evidente. ¿Cómo no va a haber afuera del lenguaje? ¿Acaso el lenguaje es en sí mismo una realidad autosuficiente? Necesitaríamos toda una clase para responder estas preguntas, intentando argumentar algo que el psicoanálisis sabe bien, que es precisamente debido a que los enunciados solo remiten a otros enunciados, cuando querrían decir la singularidad de los impulsos afectivos que mueven a su enunciación, por lo que el lenguaje es un orden estructuralmente insuficiente. No puedo explorar en este momento la complejidad de lo que acabo de enunciar. Lo dejo formulado a la manera de esos enigmas conceptuales que propiciaban la conversación en los grupos de estudio.